



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En la Redaccion y Administracion, *Centro Periodistico*, Cinegio, 5, esquina á la calle de los Estébanes, bajo; en La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Béderra, Sanz, Francés, Osés y Meneadez.— HUESCA: Librería de don Jacobo María Perez.— TERUEL: Administracion de *El Turulense*.— MADRID: Librería de D. Mariano Murrillo, Alcalá, 18.— BARCELONA: Sres. Teixidó y Parera, Píno, 6.— ATENEA: D. Demetrio Ortega.— CALATAYUD: D. Florencio Forcén.

Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la Redaccion y Administracion.— Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DE ARAGON, calle de Cinegio, 5, bajo, Zaragoza.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 "	18 "	32 "

Números sueltos, quince céntimos de peseta.

PRECIOS DE ANUNCIOS.

	RELS.	RELS.
Una página entera en la cubierta.....	60	Cuarto de página . . . 16
Media página.....	30	Octavo de id. 8
		Dieciseisavo de id. . . . 4

En la última página de la REVISTA, á precios convencionales. Si el anuncio se inserta de tres á cinco veces seguidas, obtiene el precio una rebaja de quince por ciento; si de seis á ocho veces, una de veinticinco por ciento; y de nueve en adelante, una de cuarenta por ciento.

Los señores suscritores obtendrán en sus anuncios la rebaja del diez por ciento.

SUMARIO.

- I.— *Crónica Aragonesa*, por Máximo.
- II.— *Leonor de Aquitania* (conclusion), por D. Victor Balaguer.
- III.— *El Arbal del Porúso*, por D. Enrique Clariana.
- IV.— *Fragmentos* (poesía), por D. José M. Matheu.
- V.— *Espectáculos*, por Valerio.
- VI.— *Miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

Empezó la semana prometiendo mucho, como era natural. Fuegos, toros, luminarias, músicas, cabalgatas, tapices en los balcones, cohetes en el aire, un funámbulo que no pasa y un espada que no llega.

Esto último no estaba anunciado en el programa, pero los verdaderos aficionados no las tenían todas consigo pensando en las peripecias y peligros de una corrida madrileña, de un viaje precipitado, y de una prueba que dá principio á la nueve y media de la mañana.

Y sin embargo quedaba á los citados el derecho de tenerlas y aun de saborear con anticipacion las suertes y maravillas de la lidia, considerando que el precio de las localidades subia y los toros bajaban. ¿No se daba á entender con esto que ganarian en cualidad lo que perdian en cantidad? ¿Que aquellos seis, lisos y rasos, debian valer por ocho y aun por doce?

* *

Respecto á los espectáculos, danzas, comparsas y animacion de gentes y forasteros siempre oimos repetir lo mismo, es decir: los de tal ó cual año fueron muchísimo mejores, imponderablemente mejores! Allí habia esto, lo otro y lo de más allá. ¡Oh! música como aquella!... ¡Oh! espada como aquel!

Todas estas buenas gentes que encuentran, regla general, pésimo lo presente y óptimo lo pasado, se asemejan á aquel corto de vista que, desatendiendo el aumento de su miopía, deploraba con grandísimo dolor la nueva costumbre de ir achicando y reduciendo las puertas y ventanas por donde entra la luz.

Suelen ser leídas con gusto las revistas de Toros, y ahora con mayor razon puesto que vinieron á nuestra palestra los imparcialísimos y reputados Sres. Santa Coloma é Infante del Palacio. Por mi parte debo confesar que siempre tropiezo en la lectura de estas revistas con palabras raras, feas, hurañas, pedestres y rufianescas que se me atraviesan en la garganta como un hueso de aceituna.

El toro era berrendo en negro, capirote, bravucon, botinero, gacho, de empuje, bragao, asti-blanco, retinto, albardao, de mucha lámina, meano y ojo de perdiz. Y luego vienen los pinchazos, rejonazos, alfilerazos, golletazos, puyazos y demás acabados en azos, como puñetazos, trabucazos, sombrerazos y zapatazos. Despues de pasar por estas fragosidades y asperezas hay que tomar un par de pastillas de goma para suavizar el gznate y salir de la plaza sin pescar una angina gutural ó una laringitis aguda.

Repito, á pesar de todo, que hubo gran animacion y concurrencia; que los bichos no se portaron mal; que los diestros estuvieron poco menos que á la altura de su reputacion, y que los taurómacos salieron poco satisfechos por... nunca faltan razones para no salir satisfechos. Un amigo mió, como él famoso botánico del tulipan negro, anda buscando otra rareza no menos singular y desconocida: un aficionado que aplaude á la salida como aplaude á la entrada.

Gentes hay que á las cinco y media de la tarde dan con su humanidad en tierra, digo mal, en las

losas de las aceras, y allí se aposentan y esperan con pacientísima cachaza á que la primera carretilla, saliendo, como un pájaro de fuego, de las manos del pirotécnico, les marque la hora y punto en que deben enderezar sus cuerpos, alzar los ojos, y no perder una chispa de las infinitas que saltan en remolino de las primorosas piezas de artificio.

Lo que más seduce al público que gusta de estas cosas es la sorpresa. Empiézase el fuego con una rueda insignificante que voltea á uno y otro lado, y dispara de vez en cuando unas como saetillas de colores. Indudablemente esto es bonito y agradable por la combinacion del verde con el rojo, violeta, topacio ó amaranto... pero de pronto rómpese la rueda en medio de seis ó siete detonaciones y aparece una inmersa cascada de chispas, ó dos enormes culebrones ó una estrella blanca y deslumbradora que apenas vista se deshace súbitamente con grande y poderoso estrépito. El público aplaude, los chicos vocean y óyese un murmullo general de complacencia.

Otra de las cosas que más seducen es la idea y contemplacion de la lucha. Bien son dos castillos que se combaten con luces de Bengala, ó bien dos gigantones que se aporrean con descomunales mazos.

En cierta ocasion, despues de haber vencido y deshecho á su competidor, el gigante que quedaba se trasformó en un gran óvalo luminoso en cuyo fondo pudieron leer los innumerables espectadores que asistian: «Singer y Compañía, gran fabrica, etc....» Esto sucedió en Litte-Rock, poblacion de los Estados-Unidos.

Semejantes ocurrencias sólo las tienen los norteamericanos.

Con gran contentamiento de las empresas, nuestros paisanos y paisanitas se han diseminado por todos los teatros que funcionan al presente, y hemos visto esos *Uenos* tan respetables y tan... (este segundo calificativo lo dejo al buen gusto de los Sres. Empresarios) de los que no puede darse una idea aproximada si no es cuando uno se asfixia en las galerías, suda en las butacas, se le estruja en los pasillos y despues de sudado, roto, apechugado, hundido y apabullado, se vé en la precision de asegurar que se ha divertido muchísimo y que le quedan ganas de volver á... dejar la piel.

A la salida del Teatro Principal sorprendimos una de estas noches la siguiente frase:

—¿Ha visto V. *Los Madriles*? ¿Y cómo encuentra usted á D. Francisco Arderius?

—Hombre... muy bien. Lo encuentro rejuvenecido. Es un artista impermeable.

¿Impermeable? Al oír esto no pude ménos de pensar en los paragüeros

Nuestros colegas *La Clínica* y *El Diario Católico* se ocuparon dias atrás de dos abusos que, aunque de distintos resultados, no hablan gran cosa en nuestro favor ni aun en el de las celosas autoridades que intervienen en esto. Trátase en el primero de la explotacion de las gentes sencillas, porque parece que aun las hay, por ciertos charlata-

nes que preconizan inventos ó útiles que no sirven para nada si no es para hacer el negocio de unos cuantos holgazanes. El microscopio anunciado con tantas campanillas no es tal microscopio y ni siquiera tiene la aplicacion de un sencillo cuenta-hilos. Esta es la verdad.

Refiérese el segundo á la exhibicion de cuadros en que se falta al decoro público, á la verdad y á la historia, y en los que hasta al sentido artistico sale perdiendo, porque, ¿cómo ha de ganar con la exposicion de tales mamarrachos?

Ocuparse de lo que estos representan sería inferir un agravio al sentido comun, cosa que nos guardaremos muy bien de hacer.

Anunciado estaba que la magnífica cabalgata saldria á las dos de la tarde, y ya los curiosos se arremolinaban en expectativa creyendo, con razon, que dejaria chiquita y punto ménos que avergonzada á la comparsa de los enanos. Nosotros igualmente estamos por los recuerdos de los tiempos heróicos y legendarios y nos complació sobremañera ver el desfile del séquito y servidumbre real, algun tanto derrotada, pero que nos puso en deseo de admirar y contemplar otras mejores.

Alguien afirmó que el rey D. Alfonso I traía mala cara; otro respondió que no podia ser eso, porque la tal cara no era suya; á lo cual replicóle el otro que el Excmo. Ayuntamiento debía en estas solemnidades alquilar buenas caras, es decir, caras respetables.

No hace mucho tiempo que nuestros vinos eran denunciados en la frontera francesa por estar coloreados por la *fuchsina*, materia dañosa y perjudicial para la salud, segun declaracion de la ciencia. Ahora, pues, parece que los centenes recién acuñados no tienen los quilates de oro que marca el valor de la moneda, y los señores franceses rehúsan tomarlos si no es con la pérdida del 1 por 100. Y luego se afirma y se repite que carecemos de industrias grandes y pequeñas. Consuélnense los hombres *industriosos* de nuestro país; ninguno es profeta en su patria. Aquí no encontrarán, seguramente, la merecida recompensa, pero harto se vé que los extranjeros nos saben hacer justicia.

En esto se fundaba un periódico libre-cambista para asegurar que la industria española no debe temer la competencia que venga de fuera.

Estamos conformes. Lo que es hoy por hoy, la de fuera no será nunca tan temible como la que tenemos dentro. Bien es verdad que la una llegará detrás de la otra y entónces sí que seremos felices, pues segun la leyenda oriental, el hombre más feliz de la tierra no tenía camisa.

MÁXIMO.

LEONOR DE AQUITANIA.

(Conclusion.)

Llegado por casualidad á un lugar que se llamaba Lofenstein, donde habia un fuerte castillo, averiguó que en él se guardaba hacía ya algunos meses un prisionero de importancia; Blondel fué á pasearse por los alrededores del castillo, y al llegar junto á una torre

que le pareció poder ser la que encerraba al preso, se puso á cantar una cancion que habia compuesto con Ricardo. El rey, pues era él mismo, hubo de conocer la voz de Blondel, y desde su estancia le contestó cantando la segunda estrofa y llenando de gozo al juglar que bien comprendió que habia tropezado con el príncipe.

Aquellos dos hombres, sin verse, pudieron, por medio del canto, comunicarse sus pensamientos, y pudo Ricardo arrojar por una reja la cancion en que imploraba el auxilio de sus barones y de su madre. Blondel voló en seguida á Aquitania y á Inglaterra para dar la noticia.

Hé aquí la sentida cancion que durante su cautiverio, habia compuesto Ricardo:

«Nunca ningun preso hablará de su suerte más que con el dolor del que sufre; pero con el objeto de calmar sus penas puede hacer una cancion. Muchos amigos tengo; pero poco me favorecen. Vergüenza para ellos si por falta de rescate estoy hace dos inviernos prisionero.

«Que lo sepan, pues, mis deudos y mis barones, ingleses y normandos, poitevinos y gascones: si yo tuviera un compañero preso, por miserable que fuese, volaría á rescatarle. ¡No pretendo con esto hacerles un reproche, pero estoy prisionero!

«Cuán cierto es que *á hombre muerto no hay amigo ni deudo!* Por no dar un poco de oro ó de plata, se me olvida, y si esto es triste para mí es deshonroso para los míos. He de legarles un remordimiento eterno si me abandonan y llego á morir estando prisionero.

«No es de extrañar que esté yo triste y doliente cuando sé que el rey de Francia devasta mis tierras, olvidado del juramento que ambos á dos prestamos para mútuo respeto y mútua seguridad. Pero una cosa me tranquiliza, y es que no he de estar siempre prisionero.

«Trovadores mis amigos, vosotros á quienes tanto amé y amo todavía, repetid en vuestros cantos que mis enemigos se cubrirán de oprobio y vilipendio atacándome y contestando á la nobleza de mi corazon y á la lealtad de mi palabra con hacerme la guerra cuando estoy prisionero.

«Condesa Leonor, Dios guarde á vuestro pobre hijo y á aquella á quien amo tanto y por quien estoy prisionero.»

Ja nul hom pres non dirá sa razon
adrechamen, si com hom dolens non;
mas per conort deu hom faire canson.
Pro n' ai d' amics, mas paure son li don,
oncta lur es si per ma rezon
soi fa dos ivers pres...

Como se vé, la cancion es de un verdadero poeta, de un hombre de corazon y sentimiento.

Al llegar á Inglaterra la noticia del cautiverio del rey, hubo un grito general de indignacion. El pueblo expresó su dolor de una manera estrepitosa, el clero proclamó en alta voz á Ricardo defensor de la fé, y mártir de la santa causa, la nobleza se dispuso á cualquier empresa para salvar á su monarca, y la reina viuda, Leonor de Aquitania, irritada por la injuria hecha á su hijo favorito, conmovida por la dolorosa cancion que le enviaba desde su cárcel, arrojó sobre su grandeza pasada y sobre sus tres diademas el manto de la humildad cristiana, y arrodillándose á los piés del Papa le dirigió esta elocuente y conmovedora súplica, donde á través de un pasado de seiscientos años se siente aún palpar el corazon de la mujer y vibrar el llanto de la madre:

«Al reverendo padre y señor Celestino, soberano pontífice por la gracia de Dios, Leonor, por su cólera reina de Inglaterra, duquesa de Normandía, condesa de Anjou; á su padre, una madre infortunada, salud.

«Habia resuelto guardar silencio por temor á que pudiera acusármeme de orgullo y de soberbia, si abriendo campo á la efusion de mi pecho y á la vehemencia de mis pasiones, dejaba escapar algunas palabras poco meditadas para el príncipe de los sacerdotes: que cuando se entrega á la violencia de sus trasportes, el dolor se diferencia poco de la locura. El dolor no reconoce ni señor ni amigo, no tiene ni miedo ni lástima, á nadie respeta, ni á vos siquiera.

«No debe, pues, extrañarse que la amargura de mis penas se descubra á través de mis palabras: deploro una calamidad pública, y los pesares han echado en mi corazon raíces eternas. Las saetas del Señor me desgarran; su cólera ha caído sobre mí.

«Las potencias están divididas, al pueblo sufre, las provincias son devastadas, y la Iglesia de Occidente, cediendo á la carga de la desesperacion y las humillaciones que la agobia, vuelve hácia vos sus ojos é implora á aquél á quien Dios, en la plenitud de su poder, ha puesto sobre los tronos y las naciones.

«Yo os conjuro para que el grito de los dolientes llegue á vuestros oídos. Grande son nuestras calamidades y llenan la medida, y vos no podeis permanecer insensible á ellas, pues sois el Vicario del Crucificado, el sucesor de Pedro, el Pontífice de Dios Cristo, del Señor y del Dios mismo de Faraon. Ante vuestro fallo y la justicia de vuestro tribunal, esperan los votos del pueblo.

«Si no os apresurais á lanzar el fallo, vuestra será la responsabilidad por el desenlace que pueda tener esa funesta tragedia. Pero, sois padre de los huérfanos, el apoyo de las viudas, el consuelo de los afligidos, la ciudad de refugio de todos, y, llegados á este cúmulo de miserias, todos esperamos auxilio y proteccion de vuestro poder.»

«En dias de prueba, los hijos de Israel pedian consejo á Moisés, cuyo puesto ocupais, y se refugiaban junto al arca de la alianza; nuestro rey se halla entre fierros y por todos lados le acercan los poligros. Atended á la situacion, ó más bien al infortunio del reino, á la perfidia del tiempo, á la crueldad del tirano: que, en su fragua de avaricias, temple sin cesar armas de iniquidad contra el rey, contra aquél que ha hecho prisionero durante el santo viaje, cuando bajo la proteccion se hallaba de Dios y de la Iglesia contra aquel á quien tiene encadenado y es hoy víctima de su barbarie. Despreciando á Dios y sus severos juicios, está pesando sobre su presa, que nadie puede arrancar de sus manos.

«Tiempo es de empuñar el acero espiritual, que es el Verbo de Dios, porque está escrito: «Quien os desprecia me desprecia,» y si cerrais los ojos sobre los ultrajes que sufre la Iglesia romana, no podreis evitar ni el vilipendio de Pedro ni el desprecio de Cristo.

«No detengais, pues, por más tiempo en vuestros labios la palabra del Señor. Que el temor de los hombres no ahogue en vos el aliento de la libertad. Más vale caer en sus manos, que olvidar la ley de Dios. Los enemigos de la cruz confían en su valor y se vanaglorian con las riquezas de sus tesoros, pero su fin será la tumba y su gloria caerá en los abismos...»

«Por menores y más leves causas, vuestros cardenales han salido de Roma con los más amplios poderes, y hoy que de caso tan grave se trata y tan deplorable, no habeis enviado un diácono ó un acólito. Y sin embargo, ¿qué otra cosa para vos más gloriosa que la libertad del rey? ¿Qué otra ocasion más oportuna para exaltar el poder del Scberano Pontífice?

«¡Oh, mi Señor y mi Dios! Los ojos de tu sirvienta se vuelven hácia ti. Salva á tu hijo, y no quieras hacerle responsable ni de los crímenes de su padre, ni de las faltas de su madre.»

No han llegado hasta nosotros, según queda dicho, las composiciones poéticas de Leonor de Aquitania pero ésta es de seguro su mejor poesía.

El papa Celestino, sin embargo, permaneció sordo á este supremo grito de dolor de una madre, como sordos permanecieron los príncipes á quienes se dirigió. Nadie atendía los lamentos y la desesperación de Leonor, que á todos acudía, á todos imploraba, de todos reclamaba auxilio. Para más desgracia aún, Juan, el menor de sus hijos, se alió secretamente con el rey de Francia y alegó sus derechos como heredero directo de su hermano, pretendiendo haber recibido la noticia positiva de su muerte.

Todos entonces se volvieron hacia el sol naciente. Se apagó el entusiasmo en favor de Ricardo, decayó el ánimo de los más leales, y crecieron la esperanza y la soberbia de los enemigos. Pueblo, barones, clero, todos se agruparon junto á Juan *Sin tierra*, al que saludaban ya como soberano, y el rey de Francia con poderoso ejército invadió la Normandía, sometiéndola á su autoridad y poder.

Todo parecía ya perdido en el mundo para Ricardo, y en realidad todo lo estaba, pero quedábale su madre.

Ella fué sola la destinada á salvarle, ella la que no flaqueó un momento ni decayó un instante.

Cuando todo lo hubo apurado, cuando se vió desatendida por la cátedra de San Pedro, rechazada por los príncipes, abandonada de los barones, del pueblo, del clero de Inglaterra, de su propia familia, Leonor, por medio de un supremo esfuerzo, recogió todo lo que le quedaba de su pasado valor y sus muertas pasiones y volvió los ojos á Aquitania, á aquella tierra, de su cuna y de sus padres, aquella tierra, poco solícita ciertamente en favor de Ricardo, al que miraba con recelo, pero donde ella podía obrar un milagro despertando el patriotismo de su antigua nacionalidad.

Los aquitanos vieron aparecer un día de repente á una mujer vestida de luto que iba de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, pidiendo limosna para rescatar á su hijo. Era la heredera de sus duques, la viuda de los reyes de Francia y de Inglaterra, la madre de Ricardo *Corazon de leon*.

Se pedía un rescate considerable por la libertad de Ricardo, y se necesitaba, por lo mismo, una suma fabulosa. Las arcas estaban vacías, los pueblos no podían con las cargas, la nobleza y el clero eran enemigos del rey cautivo, y sin embargo, con todas estas circunstancias en contra, Leonor se atrevió á una empresa que nadie, sino ella, hubiera intentado, de que nadie, sino ella también, hubiera podido salir con éxito. La Aquitania, siempre leal, contestó al grito de dolor de la madre y al ruego de la hija de sus duques.

Todos quisieron contribuir á librar al monarca, de modo que se reunieron al instante sumas considerables. Las iglesias y los monasterios fundieron sus cruces, sus cálices, su oro y su plata; los obispos, abades y nobles dieron una cuarta parte de sus rentas anuales, y el clero bajo contribuyó igualmente con la décima parte de su diezmo. Así se reunió la cantidad, enorme en aquel tiempo, de ciento cincuenta mil marcos de plata, próximamente siete millones y medio de pesetas, que se pedían por el rescate.

Completa la suma, y no fiando á nadie la comisión, la reina en persona se embarcó para Alemania.

Aún tuvo que pasar aquella madre desconsolada por amargas pruebas y duros trances. Felipe ofrecía su hija por esposa al emperador, si éste se comprometía á tener al rey de Inglaterra un año más en prisión, y el emperador titubeaba entre su ambición y su avaricia. Así estuvo fluctuando hasta el día designado para dar libertad al rey, y mientras no tuvo Leonor á su hijo en brazos, no pudo estar segura de conseguir su intento.

Verificóse la ceremonia de la libertad del monarca en Metz, con gran pompa, á presencia de la nobleza alemana. La reina Leonor pagó la suma convenida, y la Inglaterra y la Aquitania recobraron á su monarca, teniendo esto lugar en 1194.

VIII.

Ni los sufrimientos pasados en Tierra Santa, ni su larga y dura prisión, hicieron más cauto á Ricardo. Al principio se había podido creer que había variado su carácter, y con aplauso se le vió ejercer un acto de nobleza y magnanimidad perdonando, por mediación de la reina Leonor, á su hermano Juan *Sin tierra*, que se había ligado contra él con su más mortal enemigo.

—Yo le perdono,—dijo el rey á su madre,—pero desearía poder olvidar sus agravios tan fácilmente como él se olvidará del perdón que le otorgo.

Ricardo no tardó en declarar la guerra á la Francia, y olvidado de su infortunio, los pueblos de Aquitania le vieron reaparecer entregado á toda su soberbia anterior y cada vez más constante en el camino de la tiranía. Un grito de indignación se levantó contra él en aquellas comarcas, que tan leales le fueron en su desgracia, y volvió á presentarse de nuevo Beltran de Born, infatigable en manejar la pluma como el acero, proyectando una nueva liga de barones contra el monarca inglés. El clero hizo causa común con la nobleza.

Cierto día un celoso predicador tuvo el atrevimiento de hablar al rey acerca de su conducta y aconsejarle que se separase de tres hijas suyas que eran la soberbia, la avaricia y la sensualidad.

—Teneis razon,—le contestó el monarca,—y voy á seguir vuestro consejo, separándome de mis hijas, casándolas y eligiendo esposos dignos de ellas. Destino, pues, á la soberbia para esposa de los templarios, á la avaricia para mujer de los monjes y á la sensualidad para consorte del clero.

Entre sus luchas, Ricardo tomó por asalto el castillo de Perylle en Quercy, que le puso una vigorosa resistencia, defendido por Fortunato de Gourdon y sus dos hijos, sobre cuyos cadáveres hubo de pasar para hacerse dueño de la fortaleza.

Poco despues sitiaba el castillo de Limoges, cuyo vizconde, según se decía, acababa de descubrir un rico tesoro en sus tierras, del que Ricardo pretendía apoderarse, no contento con la parte que se le ofrecía y queriendo la del leon.

El castillo, mandado por Ademar de Limoges, se resistía con empeño, y Ricardo, impaciente, se puso al frente de sus tropas decidido á dar el asalto. Un arquero de la fortaleza le reconoció por su maza de armas y le disparó una certera flecha que le atravesó el hombro. Mientras le llevaban á su tienda, ordenó que continuára el asalto hasta que el castillo fuese entrado. Así fué. Limoges cayó en poder de los ingleses, y entre los presos se halló al arquero que había herido mortalmente al rey.

Se llamaba Beltran de Gourdon, y Ricardo quiso verle.

Llevado á la presencia del monarca: —¿Qué mal te hice yo, miserable,—le dijo éste mostrándole su sangre,—para que hayas querido matarme?

—Me llamo Beltran de Gourdon, le contestó tranquilamente el arquero. Con tu propia mano mataste tú á mi padre y á mis dos hermanos en Perylle, y he querido vengarme. Vengate á tu vez.

—¡Por San Jorge, que eres un valiente!—exclamó Ricardo.

Y dió orden de que aquel jóven fuera puesto en libertad, haciéndole un regalo.

El perdón del rey no salvó al arquero.

A la muerte de Ricardo, que fué á los pocos dias de su herida y de resultas de ella, Beltran de Gourdon fué desollado vivo por las tropas reales.

Bien pudiera ser este Beltran de Gourdon, y lo adelante sólo como una sospecha, sin datos en qué fundarme,—el poeta del mismo nombre y apellido que en aquella época figura en la lista de los trovadores y de quien, sin saber nada de su vida ni de su origen, nos queda sólo una *tension* entre él y un Pedro Ramon.

A la muerte de Ricardo, como si con este suceso se hubiesen agotado todas sus fuerzas, como si el hijo favorito se hubiese llevado al sepulcro todo lo que en ella habia de amor, de pasión y de vida, Leonor de Aquitania, desprendiéndose de todo, y muerta ya para el mundo, fué á encerrarse en las torres de su palacio de Poitiers. Quería exhalar su último suspiro allí donde se habia mecido su cuna y donde estaban los únicos recuerdos de su vida que podían serle gratos.

Consagró sus últimos años á hacer tanto bien al pueblo, como mal podia haberle reportado la administracion de su esposo y de sus hijos, y de 1199 datan los privilegios y franquicias populares que concedió á los habitantes del Poitou, segun consignado queda en la primera parte de este estudio.

Ya en lo último de su atormentada vida, Leonor no salia de su castillo más que para ir á la abadía de Montereuf.

Entrado ya el siglo XIII, una noche del año 1203, las macizas puertas de la solitaria abadía se estremecian á los ruidos y precipitados golpes que daban los servidores de la reina.

Leonor estaba en sus últimos momentos, y acudian, para los auxilios espirituales, en busca de su santo, anciano y reputado varon, monje de Montereuf, que gozaba en toda la ciudad y comarca de gran fama de santidad por su vida ejemplar, sus austeras penitencias y su reputacion de milagros.

Cuando se avisó al monje diciéndole el objeto para que á toda prisa se le llamaba, viósele por vez primera en su religiosa vida vacilar indeciso un momento, pero reponiéndose en seguida, echó á andar tras de los servidores de la reina.

Llegó al castillo á tiempo todavía para ejercer su sagrado ministerio; y arrepentida de sus culpas, abuelta por la Iglesia, la madre de Ricardo *Corazon de leon*, exhaló su último suspiro, sin saber acaso que aquel religioso que la asistiera en su última hora y allí se quedaba de rodillas para velar su cadáver y rezar sobre él las postreras oraciones, se habia llamado en el mundo *Rimbaldo*, y habia sido paje de la galante y apasionada Leonor de Aquitania.

VICTOR BALAGUER.

EL ARBOL DEL PARAISO.

I.

Zalm el virtuoso, y que moraba en la campiña de Córdoba, elevó su espíritu al profeta, pidiendo un vástago de su noble raza, una gota de consuelo al fiel corazon de su esposa Zelima.

Alláh oyó su oración, y Zelima dió á luz una niña. El padre, trémulo de alegría, porque ya no se extinguiría su nombre, y éste, odiado como la tempestad, juró por el nombre sagrado de Iran, no unirle sino á varon que fuese hermoso como ella, porque la pequeña Lédia era la azucena que acaba de abrirse, y sus ojos más gratos que el manantial del desierto.

Y así pasaron muchos años de alegría; el caudillo suspiraba á veces, porque sus manos no podían sustentarse la robusta lanza del combate.

Zelima habitaba en la mansion que Mahoma reserva á los elegidos.

Risueña como la primavera, pura como las brisas de la mañana, ligera como una mariposa y bella como la rosa de Hudjaz, vivia Lédia, pasando sus dias como pasa la tímida luz del crepúsculo.

II.

Y habia cumplido quince años y no habia amado. Mas como el amor es la ley más fatal del universo, llegó dia en que la doncella sintió latir su corazon con vehemencia, sintió lo que todos sentimos en la primavera de la vida, la necesidad de desahogar su pecho, de hallar una persona en quien depositar sus pensamientos y á quien confiar sus secretos; sintió... la necesidad de amar.

Aben-Hamar, fuerte como un árbol silvestre, gallardo de apostura, gracioso de rostro y dulce mirada, en la que se pintaban las virtudes de su alma y el genio de su inspiracion, como poeta de los poetas, fué el objeto de la idolatría y adoracion de aquella niña.

Se vieron, y como nace la chispa del relámpago, nació entre ellos un amor inmenso, de tórtolas; un amor semejante en su pureza al aroma de las violetas cuando las besa el aura de la alborada.

Por desgracia, el príncipe Mahomed, hijo del gran Abderrahmán, descubrió las gracias de aquella huri, y por su espíritu cruzó un fuego sensual y vehemente.

Y en su alma nació esa flor roja que se parece al fuego, porque quema, ardiente, porque mata los sentidos, flor la más fatal del vergel de las flores... la pasión.

Aquel príncipe era astuto como la serpiente, traidor como el tigre y vengativo como la pantera.

Juró por Alláh hacerla su esclava, y ¡guay! de sus juramentos.

III.

Córdoba reposaba tranquila, en brazos de los dulces sueños.

La plateada luna se ostentaba majestuosa, cual primoroso brillante, en la inmensidad de los espacios.

Solo se percibia el murmurio de las aguas del Guadalquivir, y los variantes gorjeos del ruiseñor, que en la verde enramada, poeta de los bosques, agotaba los tesoros de sus armonías, para cantar amores á su inseparable compañera.

Aquellos cánticos despertaban mil gratas emociones en el corazon de Lédia, que tras de su celosía esperaba con impaciencia á su idolatrado Aben-Hamar.

Pronto apareció tras la sombra que proyectaba un bosque de palmeras, la figura arrogante del poeta de los poetas, el príncipe de los ingenios, el mejor de los creyentes.

Hizo resonar los melodiosos ecos de su guzla, primorosamente pulsada, y con voz tierna y apasionada entonó al compás de su instrumento uno de esos cánticos cuyos acentos dulces, voluptuosos subyugan el alma, haciéndola soñar con las delicias de la ilusion y de la dicha.

Lédia fijó su atencion, y escuchó lo que la cancion decía.

«Tu tez es blanca como la espuma de las olas; y tus ojos, azules como el cielo de una noche serena de Estío, sonrien al mismo Alláh, extasiado en su propia grandeza.»

«Más rubia que la espiga de avena, y más suave que la tela de Pérsia, cuando te mueves, eres más gentil que la trémula palma del desierto.»

«Eres la hada de las hadas, la huri de las hurfes, el amor de los amores, la flor de la hermosura, la alegría del Eden, la sonrisa de Alláh.»

«¡Amamé, Lédia mia, cielo de mi esperanza, ¡ucero

de mis sueños, porque mi vida es tuya, mi corazón, mi alma!»

«¡Amame, primavera de las flores, porque te adoro como á Dios, que dá sombra á la noche, rocío á los tulipanes y canto á las aves!»

La canción había cesado, y á las notas armónicas había sucedido el silencio más profundo.

La trémula luz del astro de la noche, el sonoro murmurio de las aguas, la aromática esencia de las flores y aquel voluptuoso canto, embriagaron en un éxtasis inexplicable el alma de aquella niña.

La celosía que ocultaba sus gracias fué descorrida.

Lédia apareció tras de aquella reja donde la madre-selva y el jazmín formaban un marco que iluminaba el astro confidente de los amores, y más parecía una aparición fantástica, hurí del Paraíso prometido á los creyentes, que forma humana.

Aben-Hamar, extasiado de amor, y arrastrado por un íman irresistible, se encaminó á aquella reja donde se hallaba la luz de su dicha, palpitante, sonriente y con una mirada brillante, soñadora de encantos y delicias.

Sus manos se entrelazaron como la yedra al tronco, sus rostros se unieron... y la luna, como envidiosa de tanta dicha, se cubrió tras de un velo de gasa, blanco como la nieve que cubre las cimas de Islam.

Y así pasaron algunas lunas, y así vivieron confiados los dos amantes en el dulce y armonioso éxtasis que produce en el alma el amor satisfecho.

IV.

Y llegó el día en que con arreglo á las leyes que los Sasánidas dieron al Irán, los príncipes elegían las esclavas de su harem.

Y el príncipe Mahomed, en uso de su derecho, eligió á la bella Lédia, hija del caudillo Zalin.

Al saberlo la doncella quiso hablar, y una lágrima cayó de sus ojos. ¿Qué palabras valen lo que una lágrima? Zalin lo comprendió, porque hay seres que adivinan el elocuente silencio del dolor, así como hay seres que adivinan la sonrisa del placer.

Y desde entonces se veía á Lédia suspirar cuando lucía el sol, faro de la eternidad, y cuando las estrellas brillaban en el cielo. Su aflicción hacía languidecer sus mejillas, doradas espigas que brotaron al aroma de su infancia.

Zalin, inquieto por la tristeza de quien era la luz de su vida, presentóse á Mahomed, y ni súplicas ni llores pudieron conmover aquel corazón de roca.

Lédia debía pertenecer al príncipe como pertenece al águila la presa que arrebató.

Las leyes de los adoradores del Profeta son inexorables.

¡Infeliz Ledia! La dicha había morado en su alma, y se marchitaba como las adelfas de su vergel á las primeras brisas otoñales.

Y no volvería á escuchar la dulce voz de su amante en aquellas noches serenas, puras como el aliento de un niño!

Y no volvería á latir su corazón embriagado con los deleites de aquel amor, que era su vida, junto al de su adorado Aben-Hamar!

¡La dicha y la felicidad son tan transitorias como las nubes que aparecen tras los agimeces de la ciudad santa!

V.

Era la hora del almagreb.

El sol brillaba en el Occidente, ya próximo á cesar su curso.

Las flores despedían sus últimos aromas para adornarse en el seno de las estrellas, brillantes del espacio.

El céfiro, lamiendo las altas copas de las palmeras, producía un ruido armonioso, cual si cantasen las gracias del sábio Alláh.

Una cabalgata numerosa presentóse en lontananza con dirección á la morada de Zalin.

El pórtico se abrió, y apareció la figura grave del anciano, cuya barba, blanca como las espumas de Bab-el-Madeb, estaba salpicada de pequeñas gotas, como las flores cuajadas del rocío que las vivifica.

¡Sus ojos se cansaban de llorar!

Había llegado la hora de separarse del ídolo de su corazón.

Mahomed reclamaba el objeto apetecido de sus ardientes deseos.

Y Lédia apareció seguida de sus esclavas.

Su blancura daba envidia á las azucenas, y en su abatimiento y tristeza más parecía inocente paloma subyugada por la mirada del gavilán, que Sultana elegida para gozar de las delicias prometidas en el harem.

Por su hermosura, era una hurí del sétimo cielo.

Vestía una falda azul, como las aguas del lago, adornada de dos largas tiras, bordadas de oro, y un corpiño de terciopelo ajustado perfectamente al pecho. Su magnífica cabellera rubia, y rizada como las aguas del Océano, caía partida en dos mitades y cogida en dos largas trenzas hasta la orla de su frente, una primorosa diadema adornada de perlas y esmeraldas. Un velo blanco de gasa la envolvía completamente.

La belleza de aquella niña atraía, embriagaba por su exceso y por la pureza que de ella se desprendía.

Mahomed, enagenado por la pasión, saltó de su corcel.

Pero en el momento de dar el primer paso, Aben-Hamar apareció entre ambos, y cogiendo por el talle á su amada, desapareció, rápido como el rayo, entre el espesísimo follaje de un bosque, y como si su carga pesase menos que la pluma de un cisne.

Repuesto de su sorpresa Mahomed, de un salto oprimió los hijares de su corcel, y seguido de su comitiva, desapareció como el relámpago tras la huella de los amantes.

VI.

El sol ocultaba sus rayos tras la alta cumbre de Sierra Morena.

Al reflejo de su ténue luz se divisaba allá á lo lejos un corcel que corría, corría como el huracán, ostigado por el duro hierro de los acicates de Aben-Hamar, que oprimía entre sus brazos á la perla de su corazón, á la bella Lédia.

Siguiendo su pista é incitado por el aliento de los deseos, con la rabia en el alma, corría Mahomed, seguido de los suyos, saltando breñas y barrancos.

Y así salvaron montes y colinas, y así llegaron á las praderas de los naranjos.

De pronto, el corcel de Aben-Hamar, fatigado por el doble peso que sobre sus lomos llevaba, estiró su noble cabeza, y rodó por el suelo, arrastrando en su caída á los dos amantes.

Y Mahomed llegó como el torbellino que todo destruye.

Aben-Hamar, de pie, guardaba con su cuerpo el de su idolatrada Lédia.

Las lanzas de ambos contendientes se encontraron, pero antes de que Aben-Hamar pudiese jugarla, cayó atravesado por el yatagan de uno de los secuaces del príncipe.

Lédia, la vírgen del Eden, pálida como la luna, dió un grito agudo, y desplomóse pesadamente sobre el adorado cuerpo de su amante.

Y Aben-Hamar, el poeta de los poetas, el rey de los ingenios, cercó sus labios á los de su amada, y un beso fué su último suspiro, la oración del alma, que subía

radiante hasta las gradas de oro del trono de Alláh.
 Mahomed levantó entonces aquel tesoro de hermo-
 sura, mas ¡ay! no era más que un cadáver lo que ántes
 habia sido la flor de la delicia.
 ¡El ángel de los sepulcros habia velado sus párpados!

Los espíritus de aquellos seres habian cruzado el
 esmaltado campo del firmamento, penetrando en el
 reinado de Aquel cuyo imperio no tuvo principio!

¡Murieron á la caída de la tarde, en esa hora en que
 los pensamientos del hombre y los perfumes de la natu-
 raleza parecen subir hácia lo alto!

Zalin les siguió en su penosa travesía: la vieja en-
 cina cae al suelo cuando le faltan sus raíces.

Junto al arroyo que murmura, de las flores en cuyo
 cristal se miran, acompañados de los cánticos de las
 aves, de las esencias de las rosas y del susurro de la
 brisa, fueron sepultados los desgraciados amantes.

VII.

No hay otro Dios que Dios. Él dió luz al sol, cami-
 no á la aurora, arenas al mar, flores á los campos, fra-
 gancia á las flores y armonía á las auras. El fuego del
 rayo, el fulgor del relámpago, la furia del huracan,
 publican su poder, que es inmenso; de la nada hizo al
 mundo, y un solo acto de su voluntad bastaria para
 destruir cuanto existe.

Su justicia no tiene límites, y en gracia de su po-
 derío quiso perpetuar la memoria de los dos amantes
 Lédia y Aben-Hamar.

Y por eso nació en su sepultura un árbol hermoso,
 blanco como la inocencia, aromático como el sándalo,
 gallardo como la palmera.

Y á ese árbol se denominó del *Paraiso*, por ser el
 sitio designado á los que mueren de amor.

Del tronco de aquel árbol brotaron otros, como nace
 del zarzal de la rosa otras rosas.

Y así se fué propagando por el mundo.

Las venas de sus hojas blancas forman la primera
 letra de *amor*.

¡Es el árbol de los amantes!

Alabanza á Aquel que perpetúa el amor, á Aquel
 que enseña á cantar á las aves y murmurar á las on-
 das, á Aquel cuyo reinado no finará, cuyo imperio no
 tuvo principio!

ENRIQUE CLARIANA.

FRAGMENTOS.

I.

Bañada en los resplandores
 de una alba de mil colores
 entre luces y fragancia,
 despierta como las flores,
 el recuerdo de la infancia.

Allá la aldea esparcida
 al pié del altivo monte,
 allá la serena vida
 sobre una tierra adormida,
 bajo un inmenso horizonte.

La casa, la era desierta
 donde la miés se apiñaba
 al viento y al sol abierta,
 y allá más lejos la huerta
 que con un oasis brindaba.

Y la iglesia de una torre
 que enrojece el sol poniente,
 la cruz del camino en frente,
 y el valle por donde corre
 fresca y solitaria fuente.

Y aquel hogar, viejo muro,
 que guarda de antiguos dias
 las preces, las armonías,
 y el materno amor más puro
 que lo eran mis alegrías.

¡Ah! todo ante la mirada
 cruza como nube, y viene
 de tal belleza adornada
 que más encanto no tiene
 la felicidad soñada!

II.

Dejé las rosas de inocencia al niño,
 sentí en mi pecho inesperado afán,
 subí á las cumbres y envidié del águila
 la eterna libertad.

Era en otoño; de los anchos valles
 comenzaba la niebla á levantar
 y tristemente murmuré al seguirla
 ¿á donde marchará?

III.

Cuando la noche estiende
 flotantes pabellones en el cielo,
 cuando baja á ocultarse á la colina
 la hermosa estrella de color de fuego;
 cuando en los altos pinos
 se oye rendido suspirar al viento,
 cuando enciende el pastor en la montaña
 la lumbre que arde con fulgor siniestro;
 entonces, anhelante
 la vista fija sobre el libro abierto,
 yo devoro las páginas que me hablan
 de la ambición, de la mujer, del génio.
 Y ante los fieros ojos,
 al choque de la idea y del deseo,
 brota un mundo feliz que yo he soñado,
 un nuevo infierno donde no padezco;
 aunque en el alma mia
 encuentran eco portentoso y férvido,
 las locas saturnales de aquel mundo,
 las negras tempestades de este infierno.
 Despues, cuando pesado
 viene á cerrar mis párpados el sueño,
 distingo claramente mil fantasmas
 pasar como las nubes del Enero.
 Luego hácia mí se vuelven,
 me tocan en la frente con sus cetros,
 y, convertido en ráuda golondrina,
 surco los aires y me voy con ellos.

JOSÉ M. MATHEU.

ESPECTACULOS.

Pocas novedades de qué dar cuenta registra la semana pasada: en el Teatro Principal, *Los Madriles* y *Canto de ángeles*; en el de Pignatelli, *El Testamento azul*, de que ya hablamos en nuestra revista anterior y *Las Amazonas del Tormes*. Estas zarzuelas, con las anteriormente representadas en ambos coliseos, han sido bastantes para satisfacer la curiosidad de los forasteros que la S. H. ha albergado, y para proporcionar á las empresas unos cuantos llenos de que sinceramente les felicitamos.

Los Madriles es una revista sin argumento y que en ocasiones rebasa los límites del género cómico, en la artística y genuina acepción de esta palabra. Nótese, sin embargo, en sus cuadros, por más que algunos carezcan del mérito de la oportunidad, gran viveza de colorido, y á esto, á la excelente interpretación y á la variedad de trajes y accesorios con que se puso en escena fué debido el éxito favorable que obtuvo, á pesar de los *distingüos* y salviedades de algunos descontentadizos. En la ejecución se distinguió la Sra. Lopez, que cantó con todo el estilo, gracia y sentimiento que requerian unas canciones andaluzas, que mal año para todas las cantantes de género flamenco y *cante jondo* que hasta hoy hemos oído y pensamos oír. El público las hizo repetir, no sabemos cuántas veces, y con harta justicia, porque fueron lo más saliente y aceptable de *Los Madriles*. En cuanto al juguete *Canto de ángeles*, sólo diremos que en él está inimitable el Sr. Ruiz y luce sus especialísimas aptitudes de concertista, mímico y cómico y enciclopédico... siéntase al piano, marca los compases con redobles y pistolotazos, es campanólogo de nuevo cuño, canta, silva, y maulla como el más vulgar marraquiz, y como resultado final oye estallar una tempestad de carcajadas y de aplausos (salvo siempre el parecer de algunos apreciables *descontentadizos*.)

La zarzuela *Francifredo*, estrenada también en la actual semana y que ya se nos pasaba por alto, ha tenido un éxito poco lisonjero. Así lo demostraron los espectadores procurando con laudable imparcialidad no confundir en el desastre, lo detestable del libreto con la buena ejecución de los actores que hicieron lo que podríamos llamar una buena defensa de una mala causa. Preciso es desengañarse, el género bufo, verdadera aberración artística, está afortunadamente en decadencia: á las monstruosas producciones que en su período álgido produjo, han sucedido las obras de gran espectáculo, que son las únicas que el pública soporta... si la Empresa tiene presente esta verdad de sentido comun evitará no pocos fiascos y el descontento natural en sus favorecedores.

¿Y en Pignatelli? Aunque de pasado hablamos ya de *El Testamento azul*: la única novedad que ha presentado ha sido la zarzuela *Las Amazonas del Tormes*, cuyo libreto es de lo más primitivo é inocente que conocemos. Colegiales que se disfrazan de soldados, mu-

chos tiros, escenas inverosímiles y tipos que aun lo son más; constituyen el burdo tejido de la fábula... El desempeño ha corrido parejas con esta y los artistas han estado á la altura del autor... No hablemos de los coros, ni digamos nada de la orquesta... A todos les coje de lleno la generosa divisa que para estos casos reservamos: *Perdon y olvido*...

No debemos, sin embargo, condenar al último á la Sra. Límido, que en un baile escocés de cuyo enrevesado nombre no nos acordamos, estuvo inimitable. Agil y nerviosa, vistiendo el pintoresco *plaid* y agitando con una rapidez que producía vértigos, al compás de un aire nacional de los que los juglares de Escocia y Walter Scoott han inmortalizado, parecia una de las fantásticas creaciones que, sólo en las populares leyendas de éste, ó en las melancólicas baladas del Clide ó de los Highlands es dado hallar... Los aplausos, la repetición y todo cuanto á un artista de verdadero mérito puede lisonjear, fueron el premio que el inteligente público tributó á la aérea y aventajada discípula de Terpsicore que, si no estamos mal informados: ha elegido, con muy buen acuerdo en nuestro entender, la misma danza escocesa para la noche de su beneficio que será el lunes próximo si no estamos mal informados... Deseámosle la numerosa y selecta concurrencia que merece y pasamos á otro asunto:

Ha habido también durante esta semana compañía de verso en el teatro de Lope de Vega, exposiciones, cosmoramas y otras *curiosidades* que han servido de pábulo á la devorante curiosidad de los forasteros y de pretexto al afán de ver y ser vistos que á no pocos habitantes de la S. H. domina, pero si he de ser franco de ninguno de estos espectáculos puedo ocuparme por la convincente razón de que no he asistido á ellos... El lector me perdonará que no le haga partícipe de mis impresiones... que no he tenido. ¡Es tan amable!

Pero ¿y los toros? y la fiesta nacional por excelencia como dicen sus apologistas? Remito á mis lectores á las revistas que han publicado, en el *Diario de Zaragoza*, mi estimado amigo *Cañuta*; en una hoja suelta, un inteligente aficionado de esta capital; y en varias (de las que alguna, como prueba evidente de imparcialidad, está dedicada al actual empresario) los conocidos revisteros madrileños Herodes y Pilatos. Como el gobernador judaico que tenia este último nombre, me lavo las manos despues de hacer las anteriores referencias á las que podrán dar mis favorecedores el crédito que más oportuno juzguen, admitiendo ó desechando sus apreciaciones y juicios, por que al fin y á la postre no dejan de ser juicios humanos! y por ende ni infalibles ni definitivos.